

Víctor Ruiz Iriarte

Conceptos

La propia moral

Todas las acciones del individuo merecen un concepto ante los demás. Todos los íntimos pensamientos merecen un concepto ante uno mismo; o sea, que en su intimidad, el hombre se eleva o se rebaja, según el relieve que alcancen sus divagaciones. Según el concepto que tenga de su «moral íntima».

Un concepto de una opinión, o de un acto, es la semblanza que refleje en la sensibilidad de los individuos; malo o bueno, agradable o desagradable, todos nuestros pasos, aun los más insignificantes, merecen una calificación de las gentes, nacida de su sensibilidad inherente.

La opinión, el ambiente y el concepto político de un Gobierno, está en la intimidad indisciffrable de todos sus gobernados; en el éter, sutil y opaco, que es el ambiente, y en los alientos vocingleros de la opinión, la voz que pide, ruega y termina por exigir cuando ve burlados sus ruegos y sus peticiones. Porque la sensibilidad de los pueblos es el espejo fiel de la «moral íntima» de cada uno de sus hombres.

Un Gobierno debe luchar contra todo. Contra el desorden, contra la anarquía, contra el envilecimiento político de unos cuantos; pero nunca ante la mayoría absoluta pronunciada en contra suya. Y con mayor razón, si esta mayoría, que no tiene más escaño que el democrático diván del café y el cosmopolita asiento del tranvía, se siente fielmente interpretada por unos hombres dignos y con verdadero concepto de su españolismo.

¿«Quorum»? ¿Mayoría parlamentaria? Sofismas; parte externa, máscara de la propia moral, apariencias cubiertas en columnas de prensa fácil y en discursos rimbombantes, de viejo estilo, con finales de poeta a lo Montmartre. Todo eso es lo superfluo, lo innecesario, lo banal. Conversación de labios para fuera, que no tiene más fin que gastar la propia personalidad y agotar absurdamente la paciencia del enemigo; y cuando el contrario es toda una nación, es peligroso el intento. Es el «yo» externo, el prurito humano, el afán infantil que lleva el hombre en su fuero interno; pero junto a ese sentimiento utópico anida el concepto de la conciencia individual, la «moral íntima», y esa moral aconseja como sabio, discurre en filósofo y razona en hombre. Excelente amalgama de sentimientos, como supremo «cock-tail» de ideas, que todas fundidas como en un gran crisol, dan aliento humano a la conciencia individual, forman la voz, que cuando el hombre se rodea de aduladores, le grita al oído el engaño de que es víctima, la que en los mayores momentos de engreimiento y vanidad mantiene en un plano aparte el verdadero concepto de uno mismo. Y lo mismo en la vida anónima del hombre, que en los casos del gobernante, a pesar del «quorum», y las «mayorías», y toda esa brillante teatralidad, por encima de todo, existe esa voz oculta, que a veces suena ruidosa y dice: «Es la hora, es el momento». Excepto cuando el gobernante piensa como el Príncipe de Dinamarca:

«¡Desquiciado está el mundo; suerte horrenda!... ¡Haber nacido yo, para su enmienda!...»

Anacronismos, literatura a lo folletín del ochocientos; claque en perfecta organización: discursos, discursos... y alguien que piensa como el personaje de «La Corona»: «Vinimos nosotros, y todo lo compusimos...».

Y, efectivamente, se lo componen ellos todo: leyes, «quorum», mayoría y complots; por encima de la obstrucción, de la opinión, del ambiente, y lo que es más absurdo y más monstruoso: por encima de su «íntima moral», sobre su misma conciencia...; y el hombre que desoye sus íntimos consejos, que no engañan nunca, tiene un mísero concepto de su propia sensibilidad.